



## LIBRO UNDECIMO.

El partido moderado del gobierno, que lo era entonces casi todo él, consideraba de lejos con espetanza el momento en que la nacion, evocando de su seno todos sus derechos y sus fuerzas, viniese en socorro de sí misma á apoderarse ella sola de su revolucion. El partido anárquico y terrorista de fuera del gobierno no pensaba sin estremecerse en la hora que debía arrebatarle toda la probabilidad de trastornos y de prolongar su reinado. Este partido, confundido desde los primeros dias por la derrota que habia sufrido en el Hotel de Ville, y por el entusiasmo unánime que se habia apoderado del pueblo, comenzaba á intentar pervertir la república en sus clubs.

Los clubs, instituciones ó mas bien resultado revolucionario, no son otra cosa que la reunion tumultuosa regularizada y periódica, la plaza pública reconcentrada en un recinto mas estre-

cho, pero animado de las mismas pasiones, agitado por las mismas tempestades. Pero aun tienen un peligro mas que la plaza pública: el espíritu de secta y la disciplina combinada de los partidos. Al instante que el orden fué restablecido en la calle por el buen espíritu espontáneo del pueblo y la vigilancia del poder naciente, formáronse clubs en todos los cuarteles de Paris. El gobierno no hubiera podido oponerse á su establecimiento sin desmentir su naturaleza y sin desconocer la situacion. En tales momentos los clubs no eran mas que las voces dominantes de la opinion, los cuerpos deliberantes de la revolucion.

Algunos hombres, asustados demasiado por su analogia con la reunion de los jacobinos, creyeron que la república estaba perdida y el gobierno oprimido desde el dia en que vieron formarse los primeros clubs: otros comprendieron la diferencia que existia entre un solo club revolucionario, afiliándose á él todo el espíritu de una revolucion, como el de los jacobinos, y dominando á la convencion misma, y entre una multitud de clubs animados de diversas ideas, difiriendo en el fin y en las teorías, haciéndose oposicion y equilibrándose los unos á los otros despopularizados de antemano en el ánimo de los pueblos por los siniestros recuerdos de 1793, y ofreciendo, por el contrario, á un gobierno hábil y firme, puntos de apoyo y de resistencia contra la unidad peligrosa de una sola faccion. Por eso no inspiraron los clubs á los miembros del gobierno provisional el temor que se trató hacerles concebir.—“Yo temblaría, dijo Lamartine á los alarmistas, si no hubiese mas que un

club de los jacobinos, y no intentaría luchar contra una reunión semejante, de otra manera que insurreccionando á los departamentos. Pero con clubs numerosos, libres, sin privilegios como sin fuerzas, yo no temo nada sino tentativas confusas ó aisladas, contra las cuales el espíritu público y los mismos clubs nos servirán unos contra otros. ¡Que me llamen á su seno! Estoy dispuesto á presentarme á ellos, como Dumouriez en 1792, y á aceptar los diálogos y las acusaciones con sus oradores.”

## II.

Lamartine, en efecto, ayudó el mismo á los buenos ciudadanos á alquilar salas, á formar oficinas, á fundar clubs con buenas intenciones en los diferentes cuarteles de Paris, para distraer por las noches la peligrosa ociosidad del pueblo y dirigir los ánimos en el sentido de su política. También entró en relaciones indirectas con los clubs mas vehementes y peor inspirados para prevenir las explosiones y hacer refutar las mociones incendiarias por oradores que neutralizasen las sediciones. A escepcion de algunos expresidarios que pedían de cuando en cuando la acusacion de Lamartine y su cabeza, y que eran subidos y echados de la tribuna por los concurrentes, el espíritu de los clubs habia sido excelente y su accion útil por lo general hasta entonces. La presion del buen sentido público se hacia sentir sobre los malos ciudadanos, mientras que fortificaba á las buenos el sentimiento de su unanimidad. Para facilitar estas reuniones, el *maire* de Paris habia puesto provisionalmente á

su disposicion muchos edificios públicos y salas de asilo ó teatros. De esta suerte el mayor número de los clubs estaba en armonía con el gobierno, y propagaban entre la multitud sus ideas de orden, de patriotismo, de exámen y de conciliacion. Un acontecimiento vino á darles un aspecto nuevo y mas caracterizado.

El gobierno habia abierto los calabazos en que yacian hacia muchos años los precursores de la república, convictos de conspiraciones ó atentados contra la monarquía. Dos de estos primeros defensores de la causa democrática acababan de salir de la prision: eran Blanqui y Barbés. Lamartine no conocia á Blanqui, y ved aquí cómo conoció á Barbés.

Barbés habia sido condenado á muerte por el tribunal de los pares durante el último gobierno. A las cuatro de la mañana del dia en que el condenado debia ser ejecutado, una muger jóven se presentó á la puerta de la casa de Lamartine, solicitando verle. Este se levantó, y salió á recibirla. La jóven se precipitó llorando á los pies de Lamartine, y le conjuró á que salvase á su hermano. Lamartine no tenia ningunas relaciones con la córte; pero se acordó de que habia tenido con Mr. de Montalivet, ministro y amigo del rey, y corrió en su busca. Mr. de Montalivet, corazon generoso en que las inspiraciones no deliberan mas que el valor, estaba muy enfermo; pero sin calcular sobre el estado de su salud ni sobre sus fuerzas, se levanta y hace conducir al palacio de Neuilly, donde se hallaba el rey. Este, cuyo pensamiento se adelantaba al de su ministro, perdona la vida al sentenciado.

Pero durante la entrevista de Neuilly, el motin de Abril estallaba en Paris; las descargas de la fusilería resonaban en las calles, y la cámara de diputados estaba cercada de cañones y de tropa. A su vista Lamartine tiembla de que el gobierno quiera hacer ejecutar la sentencia por temor de que el perdon aparezca como debilidad y concesion á los insurrectos; pero bien pronto, le tranquiliza un mensaje de Mr. Barbés. El rey persiste en economizar la sangre, y Barbés se ha salvado. La hermana del reo esperaba su sentencia en una de las oficinas de la cámara de diputados. Lamartine le vuelve la vida, llevándole la de su hermano, y ella se desmaya be-sando sus manos.

Habrian trascurrido siete años desde esta escena, cuando algunos meses antes de la revolucion de Febrero recibió Lamartine dos cartas de Barbés, que éste habia hallado medio de dirigirle desde su calabozo de Nimes, burlando la vigilancia de sus carceleros. Estas cartas decian: "Os debo la existencia; despues de Dios, sois mi salvador. . . . Si alguna vez llegó á salir de estos muros derribados por el triunfo seguro é inevitable de la república, mi primera visita será para aquel á quien necesito demostrar mi reconocimiento, y espero que despues de haberme salvado, salvará tambien á mi patria.

Barbés habia cumplido su palabra. Al dia siguiente de llegar á Paris, vino á echarse en los brazos de Lamartine:—"Me considero doblemente feliz por vuestra libertad, le dijo el ministro de negocios estrangeros. Sois libre ya, y la república, ese gobierno de nuestra predileccion, es quien os recibe en la libertad. Podeis

serle muy útil en estos momentos. El pueblo, sin otro freno que vuestras palabras, tiene necesidad de que se le dirija y se le modere. Sois uno de sus mártires, y no solo os escuchará, sino que vuestras palabras serán oidas como las de un oráculo. Aconsejadle, no con la cólera de un combatiente, sino con la generosidad de un vencedor y con la sangre fria de un hombre de estado. La república no tiene otros peligros que correr que los de sus propios escesos. Mostrad tanto heroismo para conservarla, como impaciencia y valor habeis mostrado por establecerla. Las ideas no llegan á ser gobierno sino con la condicion de regularizarse en orden y en fuerza. Olvidad las tradiciones de la primera república, y ayudarnos á fundar una á quien no mancillen ni la anarquía ni los cadalsos, y que reconcilie poco á poco todas las quejas, atendiendo todos los derechos."

Tales fueron las palabras de Lamartine. Barbés las escuchó con señales de asentimiento.

—"Esas ideas son tambien las que yo he madurado en mi cautividad y en mi religion política, contestó. Yo no quiero emplear la influencia que mi reputacion de víctima me dé sobre el pueblo mas que para dirigirle en ese sentido. Pero yo soy estraño hace muchos años á la política. No conozco ni las cosas ni las personas. ¿Me permitireis consultaros de cuando en cuando para volver á la verdadera senda si mi ignorancia de los negocios me hiciese desviar de ella involuntariamente?"

Lamartine le prometió abrirle su corazón siempre que lo desease, y le recomendó no ligarse á los que confundiesen la democracia y la

demagogia, ó que buscasen la mejora de las condiciones sociales de los proletarios en la subversion de la propiedad, base comun que lo sostenia todo, y sin la cual propietarios y proletarios se hundirian juntos en las mismas ruinas.

Lamartine halló en Barbés los instintos de su alma exaltada, pero honrada, y las disposiciones á la moderacion y á la conciliacion en las clases que podia deseár. Estas buenas disposiciones duraron algun tiempo, y hubieran durado siempre si Barbés no hubiese sido atraído muy pronto por otro foco de opiniones, en el que renovó sus ideas de nivelacion radical de las clases y de las fortunas: mira eterna de los amantes de la igualdad absoluta de bienes, desde los primeros cristianos y los Gracos hasta Babeuf y Marat; virtud en teoría, fraternidad en instituciones, demencia y crimen en la práctica revolucionaria.

Poco despues fué nombrado Barbés coronel de la legion de guardia nacional del duodécimo distrito de Paris, y fundó en él un club, que tomó su nombre, en el que las doctrinas del socialismo se mezclaron á la energía del republicanism. El nombre de Barbés resonaba á los oídos del pueblo como una voz de alarma contra la monarquía y la clase media. Barbés hablaba poco y sin lucimiento, pero tenia el acento del soldado y la fé del mártir. Era un espartano salido de los calabozos, y se asemejaba á la estátua del esclavo vengador, hermoso, pero ajado por los hierros y devorado por el fuego inestinguible de las revoluciones.

Barbés habló á Lamartine muchas veces con

amargura de otro hombre, su rival en conspiraciones y su compañero de cautividad, á quien una fatal coincidencia de casualidades acababa de restituírle la libertad como á él, y de hacerle sospechoso á sus cómplices. Este hombre era Blanqui.

### III.

Durante la permanencia de Lamartine en el Hotel de Ville, yo no se qué mano parcial para ciertos hombres comprometidos habia sustraído algunos documentos secretos depositados en las carteras del ministerio. Entre estos documentos habia una revelacion sin firma hecha al gobierno del rey sobre las tramas de las sociedades secretas. Semejante revelacion, que era evidentemente obra de un gefe superior é inteligente de estas sociedades, habia sido entregada imprudentemente á la curiosidad de un recopilador de documentos, quien la habia hecho circular. Un clamor general de indignacion contenida habia acusado al instante á Blanqui de ser su autor.

Este acababa de abrir un club. Hablaba en él con talento, pero hasta entónces dentro de ciertos limites, y dirigiéndole con el infatigable génio de las conspiraciones, cobraba fama y popularidad para reclutarse en él un ejército de opiniones estremas.

Estos rumores llegaron hasta él, y haciéndole sospechoso, apartaron de su nombre el prestigio y de su club la multitud que le rodeaba. Sus antiguos cómplices, y particularmente Barbés, le intimaron que se disculpase; le juzgaron

y le condenaron en el tribunal de la opinion republicana. Blanqui desapareció por algunos dias de su club como un hombre contaminado de sospechas, durante los cuales preparó su defensa escrita, y la hizo circular en Paris.

Esta defensa, sin disculparle completamente de algunas revelaciones vagas sobre las cosas y no sobre las personas, le disculpaba, sin embargo, lo bastante para permitirle recobrar su papel y su influencia ante un club compuesto de sus partidarios.

Volvió, pues, á él, y esta vuelta la convirtió en un triunfo. Las sospechas de que algunos momentos habia sido objeto, le imponian como una ley la obligacion de exagerar su republicanismo, y de mostrar mas fuego en su pasion de tribuno. Su club llegó así á ser el foco de todas las exageraciones y de todos los furores demagógicos. Sin embargo, como estas exageraciones y estos furores no eran mas que juegos de palabras y reminiscencia sin conexión alguna verdadera con la naturaleza del pueblo, de la revolucion y de la época, se iba á este club como se va á un teatro histórico á ver representar sobre la escena por actores en trages antiguos, los dramas ó las parodias de otra época. Los hombres de la nobleza y de la mesocracia, insultados y amenazados por los oradores de este club, asistian á él por curiosidad, como para oír de lejos sin espantarse los rugidos de Babeuf ó de Marat.

El mismo Blanqui se burlaba del miedo que causaba su nombre, y aparentaba mas tñor que el que sentia ó queria hacer concebir á sus oyentes; y aun á veces lisonjeaba diestramente con

sus ademanes y miradas á los que amenazaba con su voz. Era un tribuno, pero un tribuno que tenia mas de político que de hombre de fé. Hombre superior por su tacto, por su talento, por su diplomacia popular ante todos los agitadores del momento, los desconcertaba adelantándose á ellos, y los desafiaba continuamente á que le adelantasen á él.

Al salir de su club desaparecia en la oscuridad, no se mezclaba en lo mas mínimo en los movimientos del gobierno y de la multitud, vivia oculto en una buhardilla, no descubria su habitacion sino á un corto número de sus amigos y seides, como Lacambre y Flotte, y sólo salía de noche, vestido miserablemente, para interesar al pueblo, figurando en su persona los padecimientos y la miseria del proletarismo. Su palabra no era elocuente, pero sí penetrante, hábil, meditada, y se adivinaba en sus discursos un plan, límites, medios y objeto. Su club no era un vano eco de pasiones tumultuosas como los demas clubs anti-sociales, sino un instrumento de revoluciones, cuyo teclado manejaba su mano, para levantar y dirigir las pasiones de las masas.—Sin embargo, el poder del buen espíritu y de la razon general era tan preponderante entonces, que el club de Blanqui no inspiraba inquietud ni terror á los miembros reflexivos del gobierno, antes bien los discursos que se pronunciaban en él causaban un escándolo mas útil que perjudicial á la causa de la república. Los figurantes de esta tribuna eran como el ilota beodo que se mostraba á los espartanos, para hacerles aborrecer la embriaguez.

## IV.

Raspail, menos político, pero mas sectario que Blanqui, ejercia por su nombre, por su diario y por su club un ascendiente mas moderado, pero mas íntimo en los arrabales. Quince ó veinte mil hombres de estos cuarteles, verdadero monte Aventino de Paris, concurrían á sus sesiones, amaban su persona y se arreglaban á su voz. Raspail tendía al comunismo por sus doctrinas y sus peroraciones; pero este comunismo, mas sentimental que subversivo, estaba lleno de una filosofía inofensiva y de una caridad práctica que aspiraba á la igualdad por la nivelacion voluntaria y no por las espropiaciones violentas: fanatizaba al pueblo de esperanzas, sin fanatizarle de odio contra los ricos y los dichosos; su filosofía social no tenia imprecaciones contra la sociedad, y menos aun contra el gobierno; predicaba la paciencia, el orden y la paz, y únicamente prometía mas de lo que la república podia cumplir. Sus vagas y doradas teorías eran de la naturaleza de las nubes, que presentan mil perspectivas á la imaginacion, pero que no se pueden alcanzar mas que con la vista.

## V.

Cabet, otro fundador de sectas, habia abierto en el centro de Paris, calle de San Honorato, un club donde dirigia siete ú ocho mil almas, Cabet era el poeta del comunismo, y habia soñado una sociedad quimérica, que llamaba *Ica-*

*ria*, en la que todas las desigualdades, todas las indigencias, y aun todas las esperanzas del trabajo, debían desaparecer en una organizacion fantástica, cuyos elementos no eran mas que hipótesis incoherentes, forjadas por una imaginacion ni siquiera fecunda en ideas.

Hijo de un artesano de Dijon, educado para la carrera judicial, diputado de su ciudad natal en 1830, separado de la política por su espulsion de la cámara en 1834, proscrito en Bélgica, Cabet habia vuelto á Paris despues de su condenacion y echándose en el seno del proletariado, de donde procedía, para hallar en él un punto de apoyo á sus ideas y á su acción. La parte mas ignorante y mas pobre de los obreros de Paris se habia adherido á sus doctrinas: los delirios son el producto y el consuelo de los sufrimientos extremos. Cabet era el filósofo y el gran sacerdote de esta religion de bienestar, pero ella no tenia un Dios. La satisfaccion de los instintos materiales combinados mecánicamente en un orden inverso de todo orden social conocido, era todo su sistema: en pocas palabras, era el culto de la vida alimenticia, incruento, pero grosero. A este mundo le faltaban ideas, como le faltaba una divinidad. Antes de la revolucion de Febrero, Cabet habia venido algunas veces á hablar á Lamartine de su utopia. Este no solo no se la habia lisonjeado, sino que le predijo algo bruscamente que la tierra francesa se levantaria contra la esperiencia de sus quimeras, y que el comunismo quedaria enterrado en el primer surco de terreno que intentase usurpar, aconsejándole que no esperase el dia de la insurreccion contra lo imposible, y cifrase su pen-

samiento en una colonización regular y legal de descuaje y cultivo en los bosques del nuevo mundo.

—, De esta suerte comenzareis por una asociación de planteadores bajo una civilización propietaria, que os protegerá contra vuestros propios desórdenes como protege á los *cuákeros*; después la propiedad se introducirá por sí misma en vuestra colonia agrícola, y si se os frustra la quimera, la tierra al menos alimentará á vuestros desgraciados sectarios.”

Cabet había adoptado esta idea, é iba á transportar su sistema á América, donde solicitaba una concesión de terrenos. La república le había sorprendido aun en París, y su secta creía posible con ella la realización de su sistema en el suelo patrio. Cabet sostenía sus esperanzas, conteniéndole en el orden y en el respeto á las personas y á la propiedad. En vez de predicar la insurrección á sus adeptos, les recomendaba la paciencia y el horror á la anarquía, y se liasonjeaba, según se decía, de conquistar, por su ascendiente sobre aquella porción del pueblo, la parte de dictadura popular que una revolución hace accesible á todos.

## VI.

Otros clubs, gobernados por hombres menos conocidos hasta entonces, reunían, ocupaban y agitaban todas las noches á los cuarteles populares de París. El club de *Quince-Vingts* y de la *Sorbona* preocupaban más á los hombres de estado del gobierno, porque conmovían á las masas más ociosas, más numerosas y más

dispuestas á los motines de los cuarteles de trabajadores. El ministro de lo interior tenía en ellos agentes que le daban cuenta todos los días del espíritu de estas reuniones populares. Lamartine los hacía vigilar por su parte, y neutralizaba sus malas tendencias con tendencias contrarias, decididamente favorecidas, y con inspiraciones comunicadas á sus oradores contra las sugerencias de los anarquistas, de los comunistas y de los agitadores extranjeros.

Estos últimos eran los que inspiraban mayores inquietudes al gobierno. París se llenaba de refugiados polacos, de conspiradores belgas, de demagogos alemanes, de patriotas italianos, que se habían reanimado ó corrido á Francia al estallar una revolución que esperaban convertir en un foco europeo para incendiar al continente entero. Ocho días después de la revolución había más de quince mil de éstos extranjeros en París. Los italianos, más inteligentes y más políticos, no causaban ningún embarazo al gobierno, ni intentaban introducir la anarquía contraria á su naturaleza en una república naciente, cuya cuna abrazaban con esperanza.

Si esta república era bien dirigida, tarde ó temprano debía engrandecerse en provecho de los italianos, y estender sobre ellos una influencia salubre y una protección legítima desde lo alto de los Alpes.

Pero los belgas se hallaban en la mayor agitación: sus emisarios, ligados por inspiraciones anteriores con algunos de los hombres secundarios que rodeaban al gobierno, formaban secretamente con ellos planes de insurrección republicana en Bélgica, prometiéndose arras-

trar á su pesar á la Francia á una invasion, y que despues de haber encendido indirectamente el fuego revolucionario en Bruselas, lo estenderian á las provincias rhenanas, y fomentando así la guerra universal, asegurarian en la misma Francia el triunfo de la guerra y de la demagogia.

Los irlandeses, unidos á los cartistas ingleses, se precipitaban sobre el continente y buscaban complicidades insurreccionales en Francia, entre los demagogos en nombre de la libertad, á la vez que entre los gefes del partido católico en nombre del catolicismo.

Los alemanes refugiados de las provincias rhenanas del Wurtemberg, de la Baviera y del gran ducado de Baden, llamaban á Paris á todos sus compatriotas que habian conspirado con ellos en estos diferentes paises, para reclutar allí y en Strasburgo un núcleo de emigracion republicana, dispuesto á pasar el Rhin bajo la autoridad aparente del nombre frances, y á comprometer así á la república en una guerra de propaganda contra la Alemania constitucional.

En fin, los polacos, pueblo espatreado que toma por patria al universo, y que lleva á todas sus patrias adoptivas las virtudes y los vicios de este grande y desgraciado pueblo, el heroismo, la turbulencia y la anarquía, conmovian hasta el delirio á la poblacion de Paris. La Francia debia mucho sin duda, á esta valiente nacion casi destruida, pero no le debia el sacrificio de su política, ni el rompimiento de la paz del mundo.

Nada menos exigian los polacos del gobier-

no, y no pudiendo obtenerlo de éste, pretendian arrancarlo al pueblo. Durante los últimos diez y ocho años, las cámaras francesas, mas bien por impulso que por conviccion, habian formulado á la apertura de cada legislatura un voto estéril por la suerte de la Polonia. Los votos de un gran pueblo no pasan de ser una irrision, cuando no son mas que una voz sin accion. La Francia no podia alcanzar á la Polonia sino con la mano de la Alemania y en un trastoroo general del continente. Sin embargo, se habian formado comités polacos, los unos movidos por una noble piedad hácia estos proscriptos de la libertad, los otros deseosos de esplotar en provecho de su nombre personal la popularidad aneja al nombre de la Polonia.

## VII.

Fuertes con este apoyo, los refugiados polacos atizaban el fuego de la guerra en los clubs y formaban ellos otros mas incendiarios que los clubs franceses. Algunos abusaban de la hospitalidad para poner fuego al asilo que la Francia les ofrecia, y empleaban los subsidios de ésta en agitarla y arrastrarla á los motines y á la anarquía. La sociedad polaca secreta, en cuyos conciliábulos penetraba la policia del gobierno, volvia á tomar en Paris la lengua y las tradiciones de 1793. El nombre de Lamartine, sobre todo, era entregado allí todas las noches á la execracion y á la justicia de los sicarios como el del hombre que resistia con mas teson las tramas de los demagogos extranjeros contra la república. Desde estas primeras semanas veíase



apuntar el plan y el crimen del 15 de Mayo siguiente.

Los otros polacos refugiados seguian las patrióticas inspiraciones del príncipe Czartoriski y de los demas gefes y generales refugiados. Su conducta era digna de la consideracion que debian á su causa y á la Francia, y se contentaban con volver su vista hácia su pais y pedir la libertad de volver á él para morir allí por su independencia.

Entre tanto la Europa parecia suspensa entre el terror que le inspiraba la revolucion de Paris y la esperanza de poder conservar la paz que le habia hecho entrever el manifiesto del gobierno provisional. El ministro plenipotenciario de América habia sido el primero á reconocer la república francesa, adelantándose á las órdenes de su gobierno, y por el solo titulo de conformidad de instituciones.

La Suiza, á quien la revolucion francesa fortificaba contra la pasion casi violenta del Austria, mostraba disposiciones menos favorables. El ministro de negocios estrangeros se admiraba de ver que la república francesa habia sido menos bien acogida en Berna que en Berlin, y no podia disimularse que esta frialdad de la Suiza, por quien la Francia acababa de mostrar tantas simpatias en las últimas discusiones parlamentarias, participaba del egoismo de las democracias mercantiles, que calculan mas que sienten.

Era evidente que la Suiza, colocada por su posicion geográfica entre la Alemania y la Italia, temia ser agitada por este contacto y obligada á gastar su oro y su sangre por la causa de otras independencias que la suya. Lamartine, que

meditaba una triple alianza de la Francia republicana, de la Italia constitucional y de la Suiza federativa, para contrabalancear en caso necesario el peso del Norte, vió con amargura frustradas sus esperanzas, y quedó profundamente humillado por la actitud de la Suiza. Sin embargo, ésta no hizo ningun acto de desafeccion á la Francia, y reconoció oficialmente á la república.

## VIII.

Los correos que llegaban sucesivamente de todas partes de Europa anunciaban la aceptacion del manifiesto como base de una politica incontestada, y como tipo del carácter con que la nueva república francesa queria aparecer en el mundo. Los embajadores y ministros de todas las potencias recibieron órdenes de sus gobiernos para continuar residiendo en Paris, y conservar relaciones oficiosas y cordiales con el ministro de negocios estrangeros de la república. Estas relaciones, que las circunstancias hacian muy frecuentes, proporcionaron muchas conferencias, en que el ministro manifestó francamente las intenciones altamente republicanas, pero lealmente inofensivas del gobierno, y contribuyeron poderosamente á la paz. A falta de notas diplomáticas que la suspension de las relaciones oficiales hacia impracticables, el gabinete de negocios estrangeros era un congreso permanente y preparatorio, una negociacion directa con todas las córtes, á las cuales trasmitian los embajadores las palabras y las ideas cambiadas entre ellos y el ministro de la república. Estas negociacio-

nes entre hombres que se abren sus corazones y se interrogan mutuamente sobre el teatro mismo de los acontecimientos, adelantan mas las cosas que notas diplomáticas cambiadas á bastante distancia durante muchos años de negociaciones. El papel no tiene corazon, la palabra sí, y el corazon entra por algo aun en la negociacion de los grandes intereses de los imperios.

IX.

Cuando el ministro de negocios estrangeros adquirió la certeza de las favorables disposiciones de los gobiernos, procedió á nombrar los embajadores y ministros que debian representar á la república cerca de ellos. Mr. de Harcourt, antiguo par de Francia, hombre de una dignidad personal igual á su gran nombre, fué nombrado embajador en Roma. Esta eleccion, aunque muy liberal, no tenia nada de revolucionaria, y anunciaba á la vieja aristocracia francesa, á los hombres religiosos de Francia y al soberano pontífice, que la república queria tratar al gefe espiritual del catolicismo con el respeto debido al representante de una gran parte de las conciencias. Por su parte, el papa aseguraba, por el órgano de su ministro en Paris, que él no distinguia de gobierno, y que sus palabras eran bendiciones y no anatemas contra la república. El gobierno frances respondió con franqueza á estas insinuaciones, y declarándole que la tendencia de la república era la separacion mas ó menos próxima de lo temporal y de lo espiritual, así como la no intervencion del estado en la administracion y en el pa-

go de los cultos, le garantizaba al mismo tiempo que la república, eminentemente religiosa por inspiracion, no haria esta tan trascendental y necesaria trasformacion sino despues de haber provisto á la existencia de los ministros de los cultos y al servicio de las iglesias y de las conciencias, organizando la libre asociacion de los fieles para sus necesidades religiosas. Este cambio de la dotacion del estado en asignacion libre de los asociados para su culto, no se ejecutaria sino por medio de la estincion de los ministros de las diferentes comuniones. Con esta medida la fé debia ganar en pureza, las creencias individuales en libertad, la dotacion de las conciencias en grandeza y en respeto. Esta era la llave de la revolucion, porque la emancipacion regular de los cultos es la libertad de Dios en las almas.

Roma y los hombres eminentes del clero no parecian asustados de estas declaraciones y de la tendencia filosófica de la nueva república; antes bien, veian en ella la salvacion, la dignidad y un aumento de fuerza propia en el imperio del sentimiento religioso sobre los corazones.

El ministro de negocios estrangeros habló en el mismo sentido al arzobispo de Paris, hombre verdaderamente piadoso y capaz de comprender mas altos destinos para su iglesia que una solidaridad con los gobiernos, tan pronto tiránica como servil.

X.

El general Aupick fué nombrado para la embajada de Constantinopla. Habia estado mucho